



Sermón Dominical

REV. REBECA MONTEMAYOR LÓPEZ

DOMINGO 12 DE JULIO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA

MENSAJE A LAS SIETE IGLESIAS

LAODICEA: "NI FRÍOS NI CALIENTES, SINO ENCENDIDOS EN EL ESPÍRITU"

APOCALIPSIS 3:14-22

Cristo resucitado nos invita a vivir en la pasión del Espíritu, encendidos en el fuego que representa la presencia ardiente de Dios. Vivir sin convicción, sin entrega, sin dejar que el Espíritu nos consuma y nos impulse, es vivir como en un letargo, como en un sueño profundo y prolongado, sin movimiento, como si no pasara nada que nos conmueva, nos inspire, que nos lleve a vivir como luminares en el mundo. Una de las advertencias más poderosas del Pastor Martin Luther King Jr. fue: *el mal no triunfa solo por la fuerza de los injustos, sino también por la pasividad de los justos*. Él decía que lo más doloroso no era tanto la violencia de los malos, sino el silencio de los buenos. Cuando las personas que tienen conciencia, fe o valores se quedan inmóviles, el terreno queda libre para que la injusticia avance. Por eso King insistía en la urgencia de la acción: la justicia requiere voces, cuerpos y decisiones comprometidas. Así es el llamado que Cristo nos hace hoy hermanos y hermanas, a nuestra iglesia y a todas las iglesias que son cuerpo de Cristo, a moverse y vivir en el fuego encendido del Espíritu, y no en la indiferencia ante los dolores del mundo.

Este es el mensaje a la última de las siete iglesias del Asia Menor, Laodicea, que el Cristo resucitado revela. Después del mensaje a Filadelfia, en el que todo es alabanza por el amor y unidad de esta comunidad, en contraparte, el mensaje a Laodicea, es lapidario y radical. Tal vez nos gustaría pasarlo de largo y no leerlo, sin embargo, la Palabra de Dios, aún y cuando es como una espada más cortante de doble filo, es palabra viva y eficaz,

(Hebreos 4:12) Sí, la Palabra de Dios no es un texto inerte, sino que tiene vida y poder transformador, capaz de penetrar profundamente en el ser humano, discerniendo pensamientos, intenciones y motivaciones del corazón. Que hoy la Palabra nos toque y nos confronte, nos edifique y nos aliente, a reavivar el fuego del Espíritu.

Laodicea fue una ciudad próspera ubicada en la región de Frigia, en la actual Turquía, fundada por el rey Antíoco II en honor a su esposa Laodice alrededor del año 260 a.C. La ciudad se destacó por su industria textil (telas y alfombras de lana negra), una escuela de medicina famosa por su ungüento oftalmológico, bálsamo para los ojos (colirio) y la banca, convirtiéndose en un centro financiero y cultural importante en Asia Menor. Durante el dominio romano, Laodicea continuó prosperando. La ciudad tenía un sistema de acueductos que le permitía abastecerse de agua, aunque esta venía de fuentes lejanas y a menudo llegaba tibia. Había unos cauces donde emergían aguas termales, pero que ya no eran aceptables para saciar la sed de los viajeros, pues tenían cal o azufre, que serían vomitivos. Su ubicación estratégica en rutas comerciales facilitaba el tránsito de viajeros y mercancías, y durante la época romana, Laodicea gozaba de gran prosperidad y autonomía. La ciudad orgullosa de su independencia económica rehusó la ayuda de Roma, para reparar los cuantiosos daños de un terremoto del año 60 D.C.

Y la iglesia de Laodicea, por su mensaje, sería de todas las iglesias, la que más habría absorbido las características del entorno de esta ciudad. Los cristianos que gozaban de suficiencia económica y de la comodidad de no ser perseguidos o coaccionados para ejercer su fe, eran complacientes y autosuficientes, habían perdido la pasión por proclamar su fe, vivían en un letargo complaciente y de autosuficiencia espiritual, “estaban como adormilados”.

Cristo el Sí y el Amén de Dios (v.14)

En cada uno de los mensajes a las iglesias, el Cristo resucitado manifiesta una identidad específica, aquí Cristo es *“El Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios.”* La iglesia no puede sostenerse en su riqueza ni en su reputación, sino en Cristo. El Amén, “así sea”, la “verdad firme”. Cristo es la afirmación definitiva de Dios, la garantía de que todas las promesas divinas se cumplen en Él, es la encarnación de la fidelidad de Dios. *El testigo fiel y verdadero.* Cristo revela la verdad de Dios sin engaño ni parcialidad. Su testimonio es confiable porque Él mismo vivió hasta la muerte la fidelidad al Padre. Frente a las medias verdades del mundo, Cristo es la voz que no se corrompe. *El principio de la creación de Dios,* es el origen, la fuente, el fundamento de toda la creación el que inaugura y sostiene todo lo que existe.

Laodicea era una iglesia confiada en sus riquezas materiales. Cristo se presenta con estos títulos para confrontar su mediocridad: Como Amén, les recuerda que la verdad no depende de su comodidad, sino de la fidelidad de Dios. Como testigo fiel, les muestra que su vida debe reflejar coherencia y entrega. Como principio de la creación, les invita a reconocer que su seguridad no está en bienes, sino en el Señor de todo. Es un llamado a que la iglesia deje su letargo y se reconecte con la fuente viva de su fe.

Hermanos y hermanas, Cristo es el Amén la palabra firme y la promesa cumplida en cada herida sanada, en cada duelo consolado, en cada sí de Dios a la vida. Cristo es el Amén de la vida, la certeza que sostiene cada amanecer, la palabra que vence al silencio de la muerte, la esperanza

que no defrauda, un horizonte abierto a la vida. Cristo es el Amén que crea, alimenta, cuida, construye, edifica, es la piedra angular que fundamenta nuestra vida, la familia, nuestra iglesia, El es el Amén de Dios, *así es y así será.* Cristo es el testigo fiel y verdadero, el que afirmó: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”* y su fidelidad nos llama a ser coherentes, a vivir con transparencia y entrega, a no ser de doble ánimo, sino en el espíritu de poder y dominio propio. Y Cristo es el principio de toda creación. Porque en Cristo somos nuevas criaturas, pueblo suyo somos y ovejas de su prado, no somos dueños de nosotros mismos, sino criaturas sostenidas por su amor y su gracia.

Cristo, su diagnóstico y su remedio (vv. 15-19)

“No eres frío ni caliente... eres tibio.” Cristo advierte sobre el letargo espiritual de la iglesia de Laodicea. No era fría: no era absolutamente indiferente; tampoco era caliente; no la caracterizaba un fervor y pasión por su fe. Era tibia. Como decíamos en Laodicea había grandes manantiales, pero cargados de minerales y tibios. No era nada agradable tomarla, podría causar malestares estomacales, una iglesia tibia causaría este mismo sentimiento a Dios, que “hasta la vomitaría de su boca”. Una iglesia sin entusiasmo, sin urgencia y compromiso por proclamar su fe, a que nada cueste trabajo o moverse de su zona de confort, una iglesia tibia, sin agua fría que sacie la sed espiritual, sin agua caliente que fuera medicina que curara y aliviara los dolores del corazón. Y aún más, Laodicea se creía rica, pero Cristo les dice: “Eres pobre, ciego y desnudo.” La autosuficiencia, la confianza puesta en sus riquezas y en sus logros, los había distanciado de la gratitud y alabanza para reconocer que todo lo que tenían provenía de la gracia de Dios. Cristo ve la verdad: sin Él, estamos vacíos. De allí viene todo el consejo de Dios, exactamente lo que Laodicea tendría que proveerse para volver a ser una iglesia encendida en el Espíritu. Comprar de Cristo oro refinado, su verdadera riqueza espiritual. Vestiduras blancas: dignidad y pureza que cubren su desnudez. Y colirio para los ojos, la visión clara para discernir la verdad.

Y Cristo continúa: “Yo reprendo y disciplino a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete.” ¿Y no es el amor la verdadera motivación de este mensaje? Shalom, que nuestra adoración y servicio a Dios sea el agua que sacia el corazón, revestidos de la justicia de Dios, cada día del nuevo hombre y de la nueva mujer, y con ojos siempre abiertos y sensibles a ver los signos de los tiempos. Una comunidad de olor fragante, ferviente en Espíritu sirviendo al Señor.

Cristo llama a la puerta del corazón: invitación y promesa (v.20-22)

Si Filadelfia era una iglesia de puertas abiertas, parece que Laodicea era de “puertas cerradas”, estaban tan ensimismados que hasta “había dejado fuera a Cristo. Por esto dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo.” La invitación de Cristo a que la iglesia abra la puerta, parecería contradictorio, para una iglesia que se decía cristiana. Cristo no fuerza la entrada; espera que la iglesia abra la puerta. Si alguien oye y abre, Él entra y cena con él, Cristo es la presencia viva de Dios, es la comunión y la amistad que comparte la mesa con sus hijos e hijas.

La iglesia tiene vida porque Cristo habita en ella, nos evoca al pastor que ha preparado un banquete para compartir el pan y la sal, la celebración de la esperanza y el amor fraternal. El llamado a la puerta, para abrir el corazón y estar atentos a su venida siempre, de advertir la presencia y compañía de Cristo, que es el fundamento y razón de nuestra fe. Y contagiados por el Cristo que vive en nosotros, compartimos el gozo de invitar a otros que sean bendecidos por el banquete de comunión y amor con Cristo y su comunidad. Y esto es también promesa de Dios, pues no estamos desahuciados, Al vencedor se le concede sentarse con Cristo en su trono, la tibieza se transforma en victoria cuando se abre la puerta a Cristo.

Amados hermanos y hermanas, contra la tibieza, el fuego encendido del Espíritu Santo; reconociendo nuestra pobreza espiritual y la verdadera riqueza espiritual en Cristo, en comunión íntima, con las puertas del corazón abierto, y una pasión renovada, con servicio amoroso y solidario. Porque la presencia del Cristo resucitado es fuego que purifica, quema lo que estorba, limpia lo impuro. Nos impulsa a no vivir en la mediocridad. Es pasión y celo, el fuego arde, no se queda quieto. Nos invita a vivir con intensidad en el amor y la justicia. Es luz y guía: como llama que ilumina en la oscuridad, el Espíritu nos da claridad y dirección. Es transformación: el fuego cambia la materia, la convierte en algo nuevo. Así el Espíritu transforma la vida, la nuestra y la de todo aquel que recibe en su corazón el fuego de la resurrección. Venciendo con el bien el mal, no con el silencio de los buenos, (como decía el pastor King) sino con voces, cuerpos y decisiones comprometidas, para que la justicia, misericordia y el amor sean las vencedoras. **¿Con qué nos quedaremos de cada una de los mensajes a las siete iglesias? Shalom oigamos lo que el Espíritu nos dice hoy a su iglesia.**

Amén.